

Joseph Conrad

El regreso

Traducción y postfacio
de Max Lacruz Bassols

Primera edición: febrero de 2007

Título original: *The Return*

© de la traducción y del postfacio, J. M. Lacruz Bassols, 2007

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2007

c/ Alberto Aguilera, 8 28015 Madrid

www.funambulista.net

ISBN: 978-84-96601-25-3

Depósito legal: C-96-2007

Coordinación editorial: Enrique Redel

Motivo de portada: James Tissot, *The Ball* (1878)

Musée d'Orsay, París

Impresión, diseño y producción gráfica: Gesbiblo, S. L.

Impreso en España

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del copyright.

El tren de cercanías procedente de la City surgió impetuoso del negro túnel, y con un fuerte chirriar de las ruedas se detuvo en la oscura y humeante estación de West End. Se abrieron una tras otra las compuertas de los vagones, dando paso a una multitud de viajeros; bajo los sombreros de copa aparecían unos rostros más bien pálidos de personas sanas, que llevaban abrigos de tonos oscuros, y botas lustrosas. Con las manos enguantadas sostenían delgados paraguas y los diarios de la tarde, doblados con apresuramiento, que parecían trapos apelmazados de un color entre blancuzco, rosa y verde. Junto a los demás salió Alvan Hervey, con un puro medio apagado en la boca.

Ignorada por la muchedumbre, una mujer menuda, vestida de negro deslustrado y cargada de paquetes, corrió como una loca hasta que logró encaramarse a un vagón de tercera; y entonces el tren arrancó. El cierre de las puertas sonó rotundo y agresivo como una ráfaga de disparos. Un golpe de aire helado y preñado de acre humareda recorrió todo el andén, dejando clavado junto a su bastón a un viejo con una bufanda de lana calada hasta las orejas, al que le dio un fuerte ataque de tos; nadie le prestó la más mínima atención.

Alvan Hervey pasó por el torniquete de control. Los viajeros subían con paso ligero una triste escalera de desnudas paredes; de espaldas parecían todos iguales, como si llevaran el mismo uniforme; aunque sus rostros anónimos eran distintos, curiosamente tenían todos un aire familiar, como si fuesen una pandilla de hermanos que, ya sea por prudencia, dignidad, desdén o mero cálculo, se ignoraran totalmente entre sí; sus ojos, vivos o mortecinos, y que miraban hacia lo alto de las sucias escaleras, sus ojos marrones, negros, grises

o azules, tenían una expresión idéntica, una expresión concentrada y ausente, como satisfecha y al mismo tiempo vacua.

Dejando atrás el vestíbulo abovedado que daba a la calle, se dispersaron en todas direcciones, alejándose rápidamente unos de otros, como gente apresurada y deseosa de evitar cualquier cosa comprometedora, una familiaridad, una confianza, algo oculto que pudiera suscitar recelo... como puede ser la verdad o la peste. Alan Hervey, solo en el vestíbulo, vaciló un instante a la salida, pero al punto decidió ir caminando hasta su casa.

Avanzaba con paso decidido. Una llovizna se iba depositando como un polvillo plateado en las ropas y los bigotes, mojando los rostros, abillantando las aceras, oscureciendo los muros y haciendo que goteasen los paraguas. Hervey caminaba bajo la lluvia con la indolente serenidad y el aplomo de un triunfador seguro de sí mismo: un hombre rico en dinero y amistades. Era alto, apuesto y gozaba de buena salud, y su pálido semblante ocultaba ese ligero atisbo de brutalidad que dan los talentos fácilmente adquiridos, como puede ser el descollar en los deportes o en el arte de hacer dinero, o en poseer un ascendente natural sobre los animales y los desheredados.

Se dirigía a casa mucho más temprano que de costumbre, directamente de la City sin pasar por el club. Él se consideraba de buena familia, culto e inteligente, ¿pero quién no se considera así? Sin embargo, su familia, su educación y su inteligencia eran rigurosamente idénticas a las de los hombres con quienes hacía negocios o con los que se divertía. Llevaba cinco años casado. En su día, todas sus amistades declararon que estaba de lo más enamorado; y así lo había dicho él mismo, con toda franqueza, pues sabido es que todo hombre se enamora una vez en la vida, siempre que no fallezca la esposa, en cuyo caso es digno de elogio el enamorarse una segunda vez. La muchacha era robusta, alta, de pelo claro y, a su juicio, de buena familia, culta e inteligente. Se aburría mortalmente en casa, donde su personalidad, de la que tenía plena conciencia, estaba apresada en un espacio reducidísimo y no lograba desplegarse. Sus

andares parecían los de un granadero, era recia y firme como un obelisco, tenía un rostro hermoso, una frente ingenua y una mirada muy pura, pero ni una sola idea propia. Hervey sucumbió de inmediato a sus encantos y le pareció ser con tal obviedad la esposa que necesitaba que no vaciló en declararle su enamoramiento. A causa de esta ficción poética y sagrada, la deseó con vehemencia por diversos motivos, pero sobre todo debido a la satisfacción de imponer su propia voluntad. Puso en ese empeño toda la tediosa solemnidad de la que fue capaz, sin otra razón concebible como no fuese la de encubrir sus sentimientos, algo que, sin duda, resultaba sumamente conveniente. Nadie, sin embargo, se habría extrañado de que no cumpliera con semejante deber, pues en rigor la sensación que lo movía era un deseo, un deseo sin duda más fuerte y un poco más complejo, pero de naturaleza no más censurable que el apetito que pueda sentir un hombre hambriento ante una cena.

Una vez casados, ambos se dedicaron con bastante éxito a ampliar su círculo de amistades. Treinta personas los conocían de vista; otras veinte toleraban, con conspicuas sonrisas, su presencia ocasional bajo sus hospitalarios techos; y unas cincuenta más, como mínimo, llegaron a saber de su existencia. En este círculo ampliado trataban con hombres y mujeres encantadores, que temían más la emoción, el entusiasmo o el fracaso que a un incendio, una guerra o una enfermedad mortal; personas que únicamente toleraban la expresión más vulgar de las ideas más vulgares y que sólo aceptaban los hechos que les fueran ventajosos. Era un mundo de gente encantadora, un mundo auténtico dechado de virtudes, donde nada se realiza y donde toda alegría y tragedia se ve rebajada, prudentemente, a mera satisfacción y molestia. En esta serena región, en que se cultivan lo bastante los nobles sentimientos para disimular el despiadado materialismo de las ideas y de las aspiraciones, fue donde Alvan Hervey y su esposa vivieron cinco años de comedida felicidad, jamás perturbada por duda alguna sobre el justo valor moral de su existencia. Ella, para dar rienda suelta

a su personalidad, se dedicó a todo tipo de obras benéficas e ingresó en diversas sociedades protectoras y reformistas, que patrocinaban o presidían damas de la nobleza. Él se interesó de modo activo por la política; y habiendo trabado conocimiento, casualmente, con cierto hombre de letras —y que tenía parentesco con un conde— se dedicó a brindar apoyo económico a un agonizante diario de carácter mundano. Era una revista semipolítica y bastante sensacionalista, pero con una excesiva pesadez que acababa redimiéndola; y como carecía por completo de convicciones, y no contenía una sola idea novedosa, y sus páginas no albergaban nunca, ni por asomo, una pincelada de ingenio, humor o indignación, Hervey la juzgó de entrada bastante respetable. Más adelante, cuando empezó a ser rentable, no tardó en considerar que, bien mirado, aquello no dejaba de ser una empresa virtuosa. Y le sirvió de trampolín a su ambición; asimismo le agradaba la peculiar importancia que él iba adquiriendo gracias al contacto que tenía con lo que él consideraba que era literatura.